

He visto cosas que no creeríais

DISTOPIAS Y MUTACIONES
EN LA CIENCIA FICCIÓN TEMPRANA

EDICIÓN DE
MARÍA CASAS ROBLA



Los antólogos, como los traductores, son traidores por definición: si los segundos han de adaptar un idioma a las reglas y la música de otro, los primeros escogen una línea argumental y eligen aquello que mejor se amolda a sus intereses entre un número de posibilidades casi infinito para que otros les presten su voz. Así pues, este libro es solo una selección de la literatura que, desde mediados del siglo XVIII hasta las primeras décadas del siglo XX, habla del miedo al otro, como individuo o como grupo, del otro como monstruo, de la masa como monstruo, en clave de ciencia ficción. Porque, como dijo Ursula K. Le Guin, «los géneros literarios no son punto de partida, sino de llegada».

Hay en estas páginas seres humanos que mutan, ya sea para bien o para mal, para hacer frente a los avatares de la vida y de la muerte; también sociedades que aspiran, para bien o para mal, al cambio. Mutaciones y distopías que, como se afirma en el prólogo, son «aspectos de una misma circunstancia: nuestra incapacidad de vivir pacíficamente en sociedad responsabilizándonos de nuestros actos y con la conciencia de que compartimos espacio con otros seres vivos, ya sea por amor o por supervivencia; y la incapacidad de tolerarnos a nosotros mismos tal como somos, la necesidad de que algo externo a nosotros nos permita volvernos definitivamente malos o definitivamente buenos».

ÍNDICE

A los que dudan

Prólogo

HE VISTO COSAS QUE NO CREERÍAIS: MUTACIONES Y
DISTOPÍASEN LA CIENCIA FICCIÓN TEMPRANA

JONATHAN SWIFT

Ensayo del estudiante Martinus Scriblerus sobre el origen de las ciencias (c. 1710)

MARY SHELLEY

El mortal inmortal (1834)

NATHANIEL HAWTHORNE

La hija de Rappaccini (1844)

EDWARD PAGE MITCHELL

La hija del senador (1879)

ANNA BOWMAN DODD

La república del futuro: El socialismo hecho realidad
(1887)

JULES VERNE

En el año 2889 (1889)

LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»

Cuento futuro (1893)

ARTHUR CONAN DOYLE

El gran experimento Keinplatz (1894)

ROBERT W. CHAMBERS

El reparador de reputaciones (1895)

ALICE W. FULLER

Una esposa hecha por encargo (1895)

JACK LONDON

Mil muertes (1899)

RUDYARD KIPLING

La radio (1902)

H. G. WELLS

El imperio de las hormigas (1905)

EDITH NESBIT

Los cinco sentidos (1909)

VALERI BRIÚSOV

La república de la Cruz del Sur (1918)

*A Manuela Robla Valladares, mi madre: «en el
silencio sordo del tiempo, gritan tus ojos».*

*A Jesús y Marta Casas Robla, mis hermanos, por
su paciencia.*

A Julià de Jòdar.

A LOS QUE DUDAN

Nuestra causa va mal.

La oscuridad aumenta. Las fuerzas disminuyen.

Ahora, después de haber trabajado durante tanto tiempo,

nos hallamos en una situación peor que al comienzo.

Sin embargo, el enemigo sigue ahí, más fuerte que nunca.

Sus fuerzas parecen acrecentadas y presenta un aspecto

invencible.

No se puede negar que hemos cometido errores.

Nuestro número se reduce. Nuestras palabras de orden

se encuentran en desorden. El enemigo

distorsiona muchas de nuestras palabras hasta hacerlas

irreconocibles.

Aquello que dijimos ahora parece falso: mucho o poco,

¿con qué contamos ya? ¿Somos lo que ha quedado, marginados de la corriente de la vida?

¿Marcharemos hacia atrás, sin nadie que nos comprenda

y sin comprender a los demás?

¿No hemos tenido suerte?

Tú preguntas estas cosas. No esperes ninguna respuesta

salvo la tuya.

BERTOLT BRECHT

PRÓLOGO

El día en que murió mi madre llevaba medio año trabajando en esta antología. La plaga ya estaba en nuestra vida y el futuro de este libro era tan incierto como lo que las autoridades comenzaron a llamar «la nueva normalidad». Las autoridades sanitarias, de las que tanto nos habíamos mofado los fumadores cuando empezaron a aparecer etiquetadas en los paquetes de tabaco, nos dirigían. Todo parecía aún más irreal que en los quince relatos que componen este volumen, relatos sobre distopías y mutaciones, para mí dos aspectos de una misma circunstancia: nuestra incapacidad de vivir pacíficamente en sociedad responsabilizándonos de nuestros actos y con la conciencia de que compartimos espacio con otros seres vivos, ya sea por amor o por supervivencia; y la incapacidad de tolerarnos a nosotros mismos tal como somos, la necesidad de que algo externo a nosotros nos permita volvernos definitivamente malos o definitivamente buenos.

Meses antes de que muriera mi madre, yo me enfrentaba a cada uno de estos relatos y a sus autores, y, para poder situarlos mejor y comprender con qué intención los había reunido, hablaba con Julius según mi costumbre desde hace casi veinte años: una conversación que solo sucede en mi cabeza, aunque sin él no existiría este libro ni otros muchos libros y lecturas y canciones y composiciones y paisajes y... Ni sería lo que soy ni me atrevería a emprender trabajos como este. Decía, pues, que meses antes de que muriera mi madre conversaba con Julius, y

esta era nuestra conversación distópica y mutante, y que algo tiene de real.

–Entiendo lo que me dices y agradezco las sugerencias, Julius, pero ya he tomado una decisión: antiutopías, como las llaman algunos, o distopías de la modernidad y la contemporaneidad temprana; a saber: se ha descubierto hace poco que el término «distopía» se utilizó por primera vez en 1748 en la acepción que nos interesa y que procede del griego *dus-* y *topos*, lo contrario de *u-* y *topos*, es decir, y en palabras llanas, un lugar, entendido como sociedad compuesta por individuos –no la república independiente de mi casa, por así decirlo–, donde todo va mal, y reaparece en aquella famosa intervención de John Stuart Mill en el Parlamento inglés en 1868, para permanecer hasta nuestros días. El periodo de la antología abarcará desde mediados del siglo XVIII hasta más o menos 1918, fecha después de la cual muchos de los miedos que expresaban los autores distópicos se hicieron realidad tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución bolchevique... La distopía, el paraíso perdido, la «representación ficticia de una sociedad futura de características negativas» –magnífico, como siempre, José María Merino en esta su definición para el DRAE–, manda, así que en esta línea cronológica intercalaré los relatos mutantes. Y lo mismo que hay viajes en el tiempo o a lugares ignotos o visitas a la Luna o extraterrestres, tampoco habrá vampiros ni hombres lobo...

–María, no sé si te has dado cuenta de que es más lo que queda fuera que lo que habrá dentro...

–La frontera es estrecha, lo sé. Quizá salga de manera tangencial alguno de esos temas. Pero no me interesa la ciencia ficción en sí, sino el género literario que algunos consideran subgénero de la ciencia ficción, que habla del miedo al otro, en persona o en grupo, y cómo se refleja en la literatura el análisis de la psicología de los grupos que

deriva en esa masa conformista que tan bien analizó Elias Canetti. La masa como monstruo y el individuo como monstruo: en ese territorio estoy.

—¿Y relatos...? Está claro que, aunque te haya limitado tanto, novelas sí que le vienen a uno a la cabeza: *El talón de hierro* y *La peste escarlata*, de Jack London; *La nube púrpura*, de Shiel; *El mundo perdido*, de Conan Doyle; *Una utopía moderna*, de Wells; o *El último hombre*, de Shelley. Desde que la narrativa utópica, sobre todo entre los anglosajones, se convirtió en el género más popular de finales del XIX, el predominio de la novela en este género es apabullante. El libro de Edward Bellamy, *Mirando atrás* (1887), marcó un antes y un después. A partir de él, hay un sinfín de respuestas en contra o de émulos que no podrás abarcar y ni siquiera mencionar en el prólogo. No tienes espacio, y todas las grandes obras del género son posteriores al periodo que has elegido: Zamiatin, Huxley, Orwell, Bradbury, Asimov...

—Y Dick, Julius, el gran Dick, del que he tomado prestado el título; bueno, esto no es exacto: el título ya sabes que viene de esa maravillosa escena al final de *Blade Runner*, un clásico aún más clásico que la novela de Dick de la que procede. Y no solo el título, sino la idea de contraponer relatos de lo que he llamado «mutantes» por mi afición a los Watchmen y a los X-Men, que tanto deben a *La isla del doctor Moreau* de Wells, porque no son exactamente superhéroes al uso, sino que concitan el rechazo de los otros de una forma atávica que se relaciona con nuestros miedos primigenios, de cuando éramos «salvajes», y con el darwinismo y la vivisección que tanto influyeron en la literatura y en el pensamiento de finales del siglo XIX. Me interesaba confrontar estos seres considerados como regresivos y demoniacos con las antiutopías, pues si estas son un rechazo al otro como grupo, aquellos lo son al individuo como monstruo...

–Échale un vistazo a *No place else*, de Eric S. Rabkin et al. (Southern Illinois University Press, 1983), si tienes tiempo. Hace un análisis muy certero sobre el concepto de utopía. Traduzco a vuelapluma un fragmento: «Con frecuencia, el mundo utópico es un mundo pastoral en virtud de la exclusión de la tecnología», y un poco más adelante sigue con: «Ese jardín de nuestro pasado sirve de atractiva indulgencia imaginaria de una nostalgia característica de la época presexual en que estábamos protegidos y proveídos, en que las exigencias de nosotros mismos eran menos perturbadoras, y en que seguíamos más obedientemente los modelos que se nos imponían. Los utópicos suelen haber apreciado esa ecuanimidad pastoral...».

–Vale, vale, Julius... En cualquier caso, las utopías solo puedo tratarlas de una manera muy tangencial, aunque cualquier relato utópico podría haber formado parte de esta antología, puesto que toda utopía contiene una distopía, y viceversa...

–Pero ¡déjame terminar, que te has adelantado, como siempre! Sigue Rabkin: «Por el contrario, solemos reconocer las distopías en virtud de su naturaleza antipastoral y poslapsariana»... Esto último es importante: el lapsarianismo es la doctrina calvinista de los decretos del Dios cristiano para la caída y reprobación del género humano. Bien, sigo, no te impacientes: «Ya sea con obras de esperanza o con obras de alarma, ya sea con obras primordialmente de ficción o con obras primordialmente de proyecto, los escritores vuelven al lugar de origen, al jardín perdido, al Edén, nuestro hogar y nuestra esperanza atávicos».

–Pues... lo que yo decía, pero mucho mejor expresado, ¿no?

–Gracias por el libro de Gregory Claeys, *Dystopia: A natural history* (Oxford University Press, Oxford, 2017). Julius, es magnífico, muy esclarecedor. Me ha ayudado mucho a asentar conceptos y a justificar mis intuiciones, en

los temas, en la antología y en el periodo seleccionado. Clasifica las distopías literarias en tres grandes épocas y, dentro de estas tres grandes épocas, señala los temas principales tratados en cada momento. Si no te aburro mucho...

–No, no, adelante... Estoy haciéndome la comida y te escucho mientras tanto.

–Y ¿qué comes hoy?

–Alcachofas rehogadas con ajo y pimentón, y pechuga de pavo cocida, aliñada con un poco de romero y aceite de oliva virgen...

–Yo aún no sé qué haré; me da una pereza infinita cocinar... En fin, que sigo. Te hablaba de la clasificación de Claeys, que voy a resumir ahora para no extenderme demasiado: las distopías del siglo XIX se ocupan principalmente del terror a los movimientos revolucionarios que quieren subvertir el sistema en favor de una mayor igualdad, del progreso científico que causa más mal que bien, del control eugenésico, y de la amenaza de la mecanización. Lo propio de este primer lugar en la clasificación es más la sátira que la distopía política. De ahí que la antología haya adquirido un tono de humor que, la verdad, no viene mal en los tiempos que corren; por aquello que decía Bergson de que la alegría es la señal de que la vida ha triunfado, en esta época de enfermedad, encierro y muerte, reírse puede ser sanador, ¿no? Bueno, que me disperso... Aquí, básicamente, es donde se mueve la antología, pues el resto de la clasificación, distopías del siglo XX y distopías del siglo XXI, no me compete. Solo quiero decir que el género distópico al uso, el que conocemos como tal, corresponde al siglo XX y a su obsesión contra el colectivismo asociado al fascismo y al comunismo, así como a que la máquina y la ciencia acaben dominando al hombre. Las distopías posttotalitarias, a partir de la caída del Muro de Berlín, siguen preocupadas cada vez más por la con-

frontación entre humanidad y tecnología, con tramas cada vez más centradas en la pérdida de humanidad, identidad y libre albedrío, en sociedades enfocadas por completo en la productividad.

–... ¿Ves? Ni una palabra, te he escuchado como un bendito y ahora he de ser grosero: las alcachofas están listas y se enfrían. Así que ya hablaremos más tarde, ¿vale?

–¿Cómo va la cosa?

–Más o menos va cobrando forma. Julio Guerrero ha comprado los dos volúmenes de *Lo mejor de la ciencia ficción del siglo XIX*, publicados por Martínez Roca en 1983, ya sabes, los recopilados por Asimov, volúmenes que me están ayudando mucho, y también otro libro que me envió, *Frankenstein Dreams*, publicado por Bloomsbury en 2017. Aunque la mayoría de los relatos se salen de la selección, sí que aparecen algunos que me satisfacen. Se confirma ese tono satírico del que te hablé, al que están contribuyendo ahora mis preferencias, además del lapso de publicación. La sátira es común a las primeras antiutopías y mutaciones. No me disgusta, qué va; creo que, además de ser un libro entretenido, va a divertir a muchos...

–¿Cómo queda, pues, la selección?

–Uf, Julius, eso es muy largo de contar... ¿Te lo envío por correo electrónico?

–Vale, pero ¿no podrías adelantarme algo? No quiero solo los títulos, sino el discurso que contienen y la estructura del libro.

–De acuerdo... He decidido colocar una nota al pie al inicio de cada relato con algunas características, como el año de su primera publicación. Los autores de los relatos son bastante conocidos; no hacen falta muchas presentaciones, ni para los adeptos del género ni para los legos, así que he preferido dedicar más espacio a los relatos que a la presentación de sus autores. Están ordenados por fe-

cha de publicación, y esta vez no hay bibliografía recomendada: es inabarcable en este contexto. Y...

–Vale, vale... ¿Autores, por favor?

–Vayamos por partes. Te cuento hoy algo de las mutaciones. Echarás de menos «El hombre de arena», de E. T. A. Hoffmann, uno de los primeros relatos sobre mutantes, prototipo del retrato de la monstruosidad moderna que aparecerá más desarrollado en narraciones más extensas como *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, de Stevenson, *Drácula*, de Bram Stoker, o *Frankenstein*, de Mary Shelley, que se publicó solo un año más tarde que el relato de Hoffmann. Hay algo en él que nos hace pensar en el Golem, el primer monstruo creado por el ser humano... Me divierte ese Nathaniel al que el inventor engaña con las gafas que le vuelven crédulo al pintárselo todo de color de rosa y, sobre todo, Olimpia, la autómatas, porque cuando lo leo no puedo evitar ver a Luciana Serra en esa increíble representación de la ópera *Los cuentos de Hoffmann*, de 1981. Pienso en ti, que me mostraste esa representación, y en Julio Ollero, que se fue con la plaga, que nunca perdió la sorpresa del niño, ni en su gusto para los libros, ni en el arte, ni en la vida... En fin, que me voy por las ramas: su lugar lo ocupa un relato menos conocido. El único cuento sobre la robótica como causante de sociedades distópicas es «Una esposa hecha por encargo», de la desconocida Alice W. Fuller, un relato satírico, muy interesante porque anticipa la inteligencia artificial y los usos domésticos del robot, y los incorpora al debate por los derechos de la mujer. Este le habría gustado a mi tía Conchi, que era una mujer independiente, bondadosa y muy creativa...

–¿Cómo que «era»? Pero ¿no es Conchita la que estaba en una residencia modélica que había conseguido evitar la plaga?

–Esa misma: se la ha llevado esperando la segunda dosis de la vacuna... Ya no resistieron más... En fin (esta

falta de ganas, esta resignación, este miedo que tenemos, se resume bien en estas dos palabras que, lamentablemente, cada vez uso más como comodín para los puntos y aparte). Sigo con lo nuestro otro poquito, si aún quieres que te siga contando...

–Sí, claro, continúa...

–Como ni *Frankenstein* ni *El último hombre* caben en esta antología, y Mary Shelley no puede faltar, he elegido «El mortal inmortal», donde una pócima da la inmortalidad a un hombre, y lo único que consigue es que no aguante a su mujer y desee fervientemente la muerte. Hay una serie estadounidense que a mí me divierte, titulada *Forever* (2014), que tiene algo de este relato y de otro que también he incluido en la antología: «Mil muertes», de Jack London, cuyo protagonista no es que se vuelva inmortal, sino que es obligado a ser inmortal. Por cierto, el actor protagonista de la serie, Ioan Gruffudd, es el rostro cinematográfico actual de uno de los mutantes del universo Marvel: Mr. Fantástico... Estos relatos sobre la inmortalidad se los dedico a Manuel Arroyo-Stephens, que se reía de la muerte mientras los pájaros siguieran acudiendo a su jardín. Espero que los siga observando, allá donde esté...

–María... Perdóname, tengo que interrumpirte. He quedado a comer y se me hace tarde. Luego te llamo y seguimos. Shelley y London: ahí es nada. ¡Hasta luego!

–No puedo enrollarme mucho, Julius, que tengo trabajo sorpresa y he pasado tres horas en el taller de encuadernación, así que hoy he empleado en trabajar menos horas de las necesarias. Seguimos con las mutaciones, pues. Nathaniel Hawthorne, uno de los grandes del llamado terror gótico, firma «La hija de Rappaccini», un relato que sirvió de inspiración a varias mutantes del cómic, en el que una muchacha se vuelve letal al ser alimentada con plantas venenosas. Le sigue el gran Arthur Conan Doyle